

EL FILÓSOFO EN LA RATONERA

Rocío Orsi
Universidad Carlos III de Madrid

Antonio Valdecantos, *La moral como anomalía*, Barcelona, Herder, 2007.

Si tomamos como una rúbrica de la modernidad el lema marxiano “todo lo sólido se disuelve en el aire”, este es un libro de filosofía moral moderno donde los haya. Porque es una indagación sobre el papel de la responsabilidad en la filosofía moral moderna y porque, en definitiva, acoge las respuestas que la propia modernidad se ha dado: entre otras, que la responsabilidad es el concepto central de la moralidad o de los discursos que las personas hacemos sobre nuestros sistemas morales (sistemas que son, como avisa el autor, la parte más importante de la estimativa humana). Pero el libro además tiene un hálito que trasciende su modernidad: un impulso que dinamita –y que disuelve en el aire– el concepto de responsabilidad con los propios materiales con que está construido. Como el detective de *La ratonera*, la célebre obra de Agatha Christie, en este libro de Antonio Valdecantos –un libro denso, inteligente y brillante en todos sus momentos– vemos cómo el filósofo moral se pertrecha de conceptos que le sirven de cálido refugio y lo mantienen a salvo de toda sospecha hasta que, una vez iniciadas las impertinentes pesquisas, terminan por aprisionarlo e impedirle una liberadora escapatoria al paisaje helado que queda fuera de la moral. El asesino, como no podía faltar en una tragedia genial de *twist end*, se revelará el más inesperado: el sabueso mismo, irónicamente atrapado en su propia celada.

Valdecantos sostiene que la labor del teórico moral es mirar a nuestros conceptos morales, y a la historia que arrastran y los lastran, desde un punto de vista nuevo, inusitado, imprevisto y también imprevisible. No obstante, en su intento por recuperar sentidos originales o remotos de la responsabilidad, el teórico corre el peligro de

desintegrar la noción misma de moralidad que trataba de lustrar. Así ocurre cuando advierte que, contra lo que cabría suponer, en la moral lo que importa no es tanto descubrir o lograr grandes acuerdos doctrinales ni señalar bienes (o males) comunes que puedan orientarnos en la acción: lo que de verdad importa son los persistentes desacuerdos y los bienes (y males) descomunales, cuyo carácter excepcional los sustrae a todo intento de convertirlos en guías para la vida buena. La moral, pues, no sirve ni para ser buenos, ni para aprehender la naturaleza del bien, ni en resumidas cuentas para nada. Y el pensamiento moral tampoco. Aunque es del todo imposible hacer justicia a la riqueza de cuestiones y excursos, de dobleces y desdoblamientos¹²⁷ que Valdecantos brinda o sugiere en este texto, trataré de comentar la que sería, dicho con gran tosquedad, la espina (bífida) que vertebra el libro: el carácter anómalo de la moral moderna, un carácter anómalo que obedece a su naturaleza descoyuntada.

Que la moral moderna sea un conjunto de anomalías tiene que ver con que podemos vislumbrar en su concepto clave, la responsabilidad, dos naturalezas que se contraponen y que se ignoran mutuamente; dos naturalezas que no solo no pueden acoplarse entre sí, sino que tampoco terminan de encajar consigo mismas. Se trata, en primer lugar, de dos conceptos de responsabilidad contradictorios pero que subyacen por igual a nuestras prácticas morales. La primera tiene que ver con una noción retributiva de la responsabilidad concebida según el modelo de la responsabilidad jurídica. Esta idea de moralidad respondería a una concepción racional del mundo donde todo el bien y todo el mal están dados previamente y donde, por tanto, cualquier alteración se representa como un desequilibrio que debe ser compensado mediante una restauración del orden original:

¹²⁷ Valdecantos es un maestro en papiroflexia conceptual. Dicho muy toscamente, este libro es una superposición de dobleces y desdoblamientos a los que el autor somete al concepto de responsabilidad. Primero, tenemos el concepto mismo y su historia. El concepto mismo a su vez se descompone en las dos partes requeridas para la responsabilidad, quien pide y quien recibe razones; o también: por un lado la moral, nuestra segunda naturaleza, y por otro el mundo *natural* –un mundo que también se desdobra a su vez: el mundo tal cual es y el mundo que responde al entendimiento y es *naturaleza* en sentido propio; y también tenemos el desdoblamiento del mundo frente al yo; y por su parte: el mundo tal como es frente al mundo tal como debería ser; y el yo, a su vez, se desdobra hacia dentro (la conciencia) y hacia fuera (en su relación con las otras conciencias, con quienes intercambia razones). Y la historia del concepto también podemos desdoblarla en su etimología (que a su vez se descompone en su mirar al pasado y al futuro) frente a su sentido actual (que a su vez puede verse como *télos* y como eslabón accidental en una cadena sin finalidad); pero también podemos ver su historia como dúplice, pues tenemos la oficial y la secreta, de la que el autor promete darnos más pistas en otras publicaciones.

así, cuando se le piden cuentas, el sujeto responsable conmuta el mal que produjo por una excusa, una razón o una reparación. No obstante, y en tensa –aunque soterrada– coexistencia con este modelo, nuestra noción de responsabilidad moral también responde a una concepción del mundo menos halagüeña, una representación de la que bebe todo el sentido trágico que atribuimos a nuestra modernidad mohína y desajustada, donde cada pérdida es (y tiene que ser) irreparable: según esta forma de mirar las cosas, el bien que se le sustrae al mundo no se puede reintegrar. Como ni siquiera la omnipotencia divina puede deshacer el pasado ni recobrar el bien perdido, nada, ni siquiera el tiempo que todo lo cura, puede restablecer el estado anterior al mal cometido: el tiempo es mero *devenir* y no puede *contravenir* nada. La responsabilidad moral es como la señal de Caín: una marca indeleble, pero nada más que una marca.¹²⁸ La impunidad de Caín es una condición preciosa de la marca *moral* de su responsabilidad: precisamente porque sabe que no será castigado, puede llegar a experimentar los remordimientos en todo su valor moral, con el dolor de una contrición sincera; y también justo porque no será castigado, se le niega reiteradamente la posibilidad de expiar su culpa. La responsabilidad que llamamos moral es también eso: la exigimos aun cuando (o precisamente porque) sabemos que las deudas morales contraídas nunca podrán ser exhaustivamente saldadas; y por eso, frente a la responsabilidad retributiva que se cancela imponiendo castigos y reparaciones, la responsabilidad moral es una *mera* marca, pero una marca a la que no estamos dispuestos a renunciar.

Estas dos ideas de responsabilidad, la una retributiva y política, la otra salvaje y telúrica, concurren por igual en nuestras nociones morales, pero ambas se repudian entre sí y lo mejor que harán será ignorarse: la naturaleza indeleble de la señal de Caín es una anomalía aterradora para la ciudad que adora al dios burócrata, al que lleva la contabilidad de bienes y males y que, tras escuchar razones y exigir compensaciones, pone fin a los conflictos; pero esta concepción tarifaria de la responsabilidad retributiva repugna a nuestro sentido más elemental del valor intrínseco de la vida humana, y por eso la moral moderna tiene que ser algo más que un libro penitencial. Necesita los dos esquemas: para

¹²⁸ Valdecantos es un perspicaz lector de otro de los mejores ensayistas en nuestra lengua, Rafael Sánchez Ferlosio, quien no en vano es inspirador del capítulo que le dedica a la bellísima metáfora de la marca de Caín.

que la moral tenga que ver con el mundo y las acciones, y para que sea algo más que una mera instancia arbitradora de reyertas.

Pero, como decía, estas formas de responsabilidad no solo se enfrentan entre sí, sino que cada una de ellas se las ve consigo misma. Según el último esquema, la responsabilidad moral es un *resto*: es lo que queda cuando todas las demás cuentas han sido liquidadas. Exige un reconocimiento de la necesidad del compromiso y del ejercicio de dar y pedir razón de lo que se hace, pero también de la imposibilidad de este ejercicio. Está destinada al fracaso, pero a la vez es la moral más genuina: ilumina nuestro concepto de dignidad humana, pues precisamente si los hombres tienen dignidad (y no precio) es porque sus vidas no son conmutables por nada: porque una vida malograda no admite reparación posible. Lo único que podría cancelar esa responsabilidad es casi más inquietante: es el perdón, un acto tan gratuito y tan reacio a la contabilidad de la justicia reparadora como la propia culpa, prerrogativa de un Dios tan poco fiable que no cumple sus amenazas. Y sin embargo, y por más que sepamos que el daño infligido no tiene remedio, es consustancial a nuestras prácticas morales no renunciar a la exigencia de responsabilidades. Porque esa renuncia sería una claudicación *inmoral* al mundo fáctico, una rendición incondicional al reino de la necesidad natural.

Pero cuando miramos más de cerca, o con nuevos ojos, el esquema de la responsabilidad contable, descubriremos que –a pesar de su furibunda batería de argumentos y explicaciones– también es inherentemente aporética. Según nuestros esquemas conceptuales, no hay nada extraño en afirmar que ser responsables es ser morales: que da razón de lo que hace quien hace lo que debe hacer. El comportamiento del sujeto moral, diríamos, se ajusta al de una naturaleza paralela a la naturaleza misma: obedece a normas de manera análoga a como los fenómenos naturales obedecen leyes naturales. La invención de la moral sirve a una vocación exhaustiva y totalizadora de explicación racional creando un mundo paralelo, una *segunda naturaleza*, que establece causas internas para todo aquello que parece escapar a la rígida causalidad del mundo externo: que inventa la auto-determinación para explicar como *autónomo*, y por tanto *causa sui*, todo aquello que no parece someterse al reino de la necesidad del mundo natural. Pero si ser responsables es, como se decía, ser morales, actuar de manera que podamos dar

razón de lo que hacemos, entonces la responsabilidad se nos aparece como una porfía que solo triunfa cuando fracasa: somos responsables cuando estamos dispuestos a participar en el juego de dar y pedir razones, pero únicamente a condición de que salgamos siempre ganadores de la partida. A condición de que tengamos siempre una buena razón o una buena excusa que esgrimir. Nuestra misión moral es participar activamente en el juego, pero tratando de demostrar siempre que, aunque nos sometamos dócilmente a sus normas, jugarlo es impertinente: bien porque el juego cae en un error categorial, si se nos juzga bajo la especie de la moral cuando mostramos nuestra acción estaba sujeta a la necesidad física; bien por su exceso inquisitorial, si teníamos razones para actuar como hicimos; o bien, finalmente, por su exceso de rencor, si hemos obtenido la gracia del perdón u ofrecido copiosas reparaciones. No podemos mostrarnos cínicos frente al juego de la responsabilidad sin ser considerados irresponsables (inmorales), pero tampoco nos podemos permitir no ya perder la partida, sino dejar creer que era lícito jugarla.

Este triunfo de la moral –que es su fracaso– resulta todavía más descorazonador cuando se atiende a otra peculiaridad de la moral moderna: la moral se inspira en última instancia en unas razones internas cuya sede sería la conciencia, el sitio moderno de un yo tan íntimo que se sustrae incluso a su propio dueño. Ese yo se constituye precisamente por la imposibilidad de eludir la autoría de las propias acciones: es el lazo de Marion que se ata tenazmente al joven Rousseau para no abandonarlo jamás. Pero también por esa oscura intimidad nunca podemos estar seguros de si lo que adviene en el mundo trae causa, en última instancia, de esas razones internas que moran en lo más profundo del yo. La falta de certeza sobre la correspondencia de la acción con la moral obliga a esta última a permanecer siempre en otro mundo, y esta paradójica condición relegada nos impide conocer si se ajusta exitosamente o no a lo que se espera de ella. La moral, al brotar de un fuero interno remoto, permanece ensimismada fuera de este mundo; pero paradójicamente siempre se encuentra orientada hacia el mundo: porque comunica al yo con los otros yoes a quienes pide y da cuentas de sí, y porque comunica al yo consigo mismo y con su cuerpo, con su mundo exterior. Por esta dúplice condición es a la vez omnipotente (porque todo lo que importa son las razones) e inerme (porque nunca sabemos si las razones intervienen efectivamente en el mundo). En efecto, la

responsabilidad moral es el hilo que anuda a la conciencia con las otras conciencias y con su propia acción: es autodominio y es autoexplicación. Pero ambas cosas de forma troncada: porque esa segunda naturaleza, erigida sobre el modelo de la naturaleza primigenia, es tan irresponsable como esta última: un cúmulo desmadejado de anomalías que se nos escapan de las manos. Y lo más curioso de todo es que esta anomalía, esta exigencia de ajuste que, a su vez, siempre queda ignorante de su propio éxito, es condición de posibilidad de la moral misma: pues si llegáramos a descubrir que las dos naturalezas quedan perfectamente acopladas, que en el mundo adviene lo que debe y por las razones correctas, no tendríamos nadie a quien pedir cuentas, y el juego de la responsabilidad –y con él el de la moral– habría terminado. Pero pertenece a la esencia de la responsabilidad que el juego no pueda suspenderse nunca y, por tanto, si queremos ser responsables, estamos condenados a no terminar nunca de responder.

Sin embargo, aunque el juego nunca pueda suspenderse y debemos borrar incansablemente todo rastro de ambigüedad causal en el mundo –todo se pondrá bajo la jurisdicción de algún reino, el de las causas o el de los fines, el de la primera o el de la segunda naturaleza–, un libro como este, consagrado a la condición anómala de la moral, no podía no dedicar un espacio considerable a los casos de cancelación provisional o de simulacro de suspensión del juego de la responsabilidad: la tolerancia y la ironía serán dos casos minuciosamente examinados por el autor. Que los vicios de antaño sean virtudes hogaño, que los cumplimientos de hoy sean las trasgresiones de ayer puede ser un descubrimiento irónico al que llegamos a través de una anomalía –por ejemplo, por haber tolerado a regañadientes esos vicios o esas trasgresiones en el pasado– cuya condición anómala ha sido borrada por el tiempo. Tan anómalos resultan esos quebrantamientos exitosos, esas incoherencias felices, como las ocasiones en que los excesos de coherencia conducen a un funcionamiento desajustado de nuestros usos morales habituales: veremos también en este libro tres perversiones ilustres de la responsabilidad que ponen de manifiesto cómo la depuración conceptual más concienzuda está destinada al fracaso, pues se trata de anomalías derivadas de la práctica de la responsabilidad tal y como funciona con normalidad. Son, de hecho, resultado de un elevado sentido de la responsabilidad: Antonio Valdecantos, con un ingenio también anómalo en un teórico

moral, nos presenta los casos del fumador litigante, de la compulsión atributiva y del escándalo virtuoso. Son anomalías que, por el modo perseverante y tenaz de atribuir –coherentemente– responsabilidad, nos obligan a replantearnos qué pueda significar hacerse responsable de la propia moralidad: no podemos responsabilizarnos plenamente de todas nuestras prácticas cuando, por ejemplo, nos topamos con un personaje que consigue siempre eludir su responsabilidad interpretando sus propios fracasos como fruto de la intervención ajena, siendo no obstante fiel a los usos más conspicuos de la atribución de responsabilidad; o cuando nos damos de bruces con alguien capaz de encontrar siempre un culpable aun en los casos en los que lo que ocurre es sencillamente que el mundo está mal hecho, sin que medie nadie en ello; o con quien arteramente anticipa o predispone en su favor el resultado de todo juego atributivo. Nuestros intentos de cepillar todos nuestros usos y costumbres morales sirviéndonos de un concepto de responsabilidad puro y despejado se topa con estos casos, de intachable coherencia pero vicioso proceder, que nos sitúan en una encrucijada: la de tener que definir netamente los contextos en los que es pertinente atribuir responsabilidad, algo para lo que solo podemos basarnos en experiencias anteriores de atribución y, dado que los juicios de responsabilidad –como todos los juicios– están sujetos a revisión, nos vemos que de un momento a otro perdemos el suelo sobre el que se asienta nuestra práctica atributiva.

Apenas si he esbozado algunos aspectos de esta nueva mirada sobre nuestra ya vieja moral moderna que nos propone Valdecantos, pero es claro que, efectivamente, el teórico moral corre el riesgo de esquilmar su joya a fuerza de pulirla. Una vez que se cree mayor de edad, tiene que acometer la empresa ilustrada de revisar sus conceptos morales: así podrá sentirse dueño de una moral que, siguiendo el modelo de la ley natural pero escapando a su soberanía, se dicta sus propias leyes y actúa sometándose a su propia necesidad nómica. Si es un teórico responsable, se hará cargo de su propia responsabilidad. Pero eso es justo lo que no puede hacer. La moral tiene que mostrar también un *conatus*, un impulso de persistencia en el ser, que no puede ser sino anti-ilustrado: porque conocerse es saberse más que contingente, azarosa; más que normativa, anómala; es descubrir en su etimología, como nos advierte Antonio Valdecantos, el rastro de un pasado que nos recuerda que el futuro tampoco nos pertenece, y también que el

sentido actual de nuestros conceptos es uno más –ni siquiera el mejor–, un eslabón accidental en una historia que no tiene finalidad alguna. Lo más que se puede hacer es, según Valdecantos, “responsabilizarse a medias” de nuestros usos y prácticas.¹²⁹ Así que después de explorar indiscretamente en sus entresijos, tienen que olvidarse nuestros descubrimientos. Y no porque merezca la pena la ignorancia, sino porque lo que no trae cuenta es la pureza.

No obstante, aquí nos encontramos con una inquietante paradoja: porque la teoría también es un acto semelyusivo¹³⁰ y no se puede detener donde uno quiera. De hecho, y lejos de cumplir su propio consejo –al menos es lo que se infiere del Prólogo–, en su siguiente libro Antonio Valdecantos continúa internándose en los vericuetos de la historia secreta de la moralidad.¹³¹ No nos cuenta la historia que debería, el cuento repetido ya casi como una letanía de una moral que se hace mayor de edad y, plenamente dueña de sí, coge sus bártulos y se va de casa. Nos sigue contando esa *otra historia*, lo cual no deja de ser un resultado irónico para este cuidadoso teórico de la ironía.

¹²⁹ Antonio Valdecantos prosigue este argumento sosteniendo que lo que demuestran la responsabilidad conceptual y el concepto de responsabilidad es que lo estimativa y lo moralmente importante no es tanto eliminar toda ambigüedad cuanto “dar con el grado justo de semirresponsabilidad –y por tanto de ambivalencia– que conviene a cada caso”. ¿Reconocemos aquí al autor de *Contra el relativismo* (Visor, Madrid, 1999)?

¹³⁰ Es neologismo del autor, y con él se refiere a aquellos actos cuyo comienzo es espontáneo pero que luego no admiten marcha atrás: marcados, pues, por la gramática de la providencia senequiana, que *semel iussit semper paret* (“una vez ordenó, siempre obedece”).

¹³¹ Aunque este libro no nos obliga a ulteriores lecturas, quien guste de la suya sin duda disfrutará con la de los otros dos escritos que, junto con este, componen una trilogía: *Apología del arrepentido y otros ensayos de filosofía moral*, que se publicó en la colección Mínimo Tránsito de la editorial Antonio Machado en el año 2006, y *La fábrica del bien. Ensayo sobre la invención de la moral*, que ha visto la luz en 2008 en la editorial Síntesis, tal como el propio autor anunciaba en el Prólogo de este libro.